



¿Se Da Cuenta de lo Valioso que Es?



Carta de enseñanza Por Derek Prince

Tras muchos años de ministrar a miles de personas que sufren en todo el mundo, llegué a esta sorprendente conclusión: *Nuestro problema fundamental como seres humanos es que no nos damos cuenta de lo valiosos que somos.* Espero que esta serie de Cartas de Enseñanza, «Nuestro Precio, Nuestro Valor», les sea de ayuda y sanidad.

Debido a que no comprendemos plenamente nuestro valor para nuestro Padre Celestial, a veces cometemos los errores más trágicos. Somos como una persona que legalmente hereda una vasta fortuna, pero vendemos toda nuestra herencia por algo incomparablemente menos valioso: pornografía, drogadicción, alcoholismo, materialismo, negocios fraudulentos.

Otros pueden valorarse más, buscando puestos prestigiosos en la política, el mundo del espectáculo o

incluso en el ámbito eclesiástico. Sin embargo, a pesar de todo el prestigio que este mundo ofrece, no se compara con el valor de nuestra herencia, a la que algunos renunciarían a cambio de ese prestigio.

Si queremos apreciar nuestro verdadero valor como seres humanos, debemos considerar la manera única y maravillosa en que fue creado Adán, el ancestro de la raza humana.

Esta serie de enseñanzas, “Nuestro Precio, Nuestro Valor”, explora cuán preciosos somos para Dios.

El Milagro de la Creación de Adán

En Juan 1:1-2, descubrimos que el agente real de la creación no fue Dios el Padre, sino el Verbo divino que estaba con Dios desde la eternidad, la Persona que más tarde se manifestó en la historia humana como Jesús de Nazaret:

Todas las cosas por él [la Palabra] fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. (Juan 1:3 RVR60)

La creación, en su conjunto, fue obra de la palabra hablada de Dios: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios» (Hebreos 11:3). «Porque él

dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Salmo 33:9). Pero, como se describe en Génesis 2:7, la creación de Adán fue singularmente diferente:

Entonces Jehová Dios formó [moldeó] al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente [literalmente, un alma viviente].

¡Imagínense la escena! El Señor se arrodilló, tomó polvo en sus manos, lo mezcló con agua y lo moldeó formando un cuerpo humano. Allí estaba: la escultura más perfecta jamás creada, más perfecta que cualquier obra maestra de Miguel Ángel. ¡Pero estaba inerte! Entonces ocurrió algo maravilloso. El Creador se inclinó hacia adelante, poniendo sus labios divinos contra los labios de arcilla y su nariz divina contra las fosas nasales de arcilla. Luego sopló en esos labios y fosas nasales. Su aliento penetró la arcilla y la transformó en un ser humano vivo, con todos sus órganos funcionando a la perfección y con todas las maravillosas respuestas espirituales, intelectuales y emocionales de las que es capaz un ser humano. Ningún otro ser ha sido creado jamás de una manera similar.

Un Sopro Poderoso

Las palabras utilizadas para describir este milagro son particularmente vívidas. El hebreo es uno de esos idiomas en los que el sonido de ciertas palabras está directamente relacionado con la acción que describen. El sonido de la palabra hebrea traducida como "sopro" puede traducirse como "yipakh". Consiste en una pequeña "explosión" interna, seguida de una liberación de aire enérgica y continua desde la garganta. Por lo tanto, representa vívidamente la acción que describe.

Cuando el Señor sopló en esos labios y fosas nasales de barro, no dejó escapar un débil suspiro: ¡se sopló a Sí mismo con fuerza dentro de ese cuerpo de arcilla, el cual recibió así una impartición milagrosa de la vida misma de Dios!

Inmediatamente, el hombre se convirtió en un ser trino, compuesto de espíritu, alma y cuerpo. El espíritu surgió del aliento de Dios, transformando el cuerpo de barro del hombre en carne viva y palpitante. Su alma, producto de la unión de espíritu y cuerpo, se convirtió en una personalidad única e individual, capaz de tomar sus propias decisiones: lo haré o no lo haré.

El Representante de Dios

Junto con la pareja que Dios le dio, Adán fue designado para gobernar la tierra como representante de Dios. La trinidad de su naturaleza interior representaba la semejanza del Dios trino. Su forma exterior reflejaba la imagen del Señor que lo creó (Génesis 1:26-27). Tanto en su naturaleza interior como en su forma exterior, representó de forma única a Dios ante el resto de las criaturas de la tierra.

Además, Adán y Eva disfrutaban de una comunión personal y regular con el Señor. Al final de cada día, Él venía a pasar tiempo con ellos (Génesis 3:8). ¿Quién sabe qué revelaciones de sí mismo les compartió Dios? Sin embargo, sí sabemos que Dios le concedió a Adán el privilegio de elegir nombres para todos los demás seres vivientes (Génesis 2:19).

A pesar de esta relación privilegiada, sobrevino la mayor tragedia de la historia humana. Engañados por Satanás, ¡Adán y Eva intercambiaron la herencia que Dios les había dado por una fruta! Esta desobediencia afectó cada parte de la naturaleza trina de Adán. Su espíritu, separado de Dios, murió. En su alma se volvió rebelde, en guerra con su Creador desde entonces. Su cuerpo quedó sujeto a la enfermedad, el envejecimiento y, finalmente, la muerte.

Dios advirtió a Adán sobre el árbol del conocimiento: «El día que de él comas, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). Fue el espíritu de Adán el que murió instantáneamente; sin embargo, su cuerpo no murió hasta más de 900 años después.

Relación Renovada

La desobediencia de Adán tuvo consecuencias terribles, pero sacó a la luz un aspecto de la naturaleza de Dios que de otro modo nunca se habría revelado plenamente: la insondable profundidad de su amor. Dios nunca se ha dado por vencido con Adán ni con sus descendientes. Anhela traernos de vuelta a sí mismo.

Esto se expresa hermosamente en Santiago 4:5 (NBLA): «Dios celosamente anhela el Espíritu que ha hecho morar en nosotros», el Espíritu que infundió en Adán al ser creado. Por increíble que parezca, Dios sigue anhelando la comunión personal que una vez disfrutó con Adán. Esta relación se rompió por la rebelión de Adán, una rebelión que se ha perpetuado en cada uno de sus descendientes.

Además, a un costo infinito, Dios ha abierto un camino para que seamos restaurados a Él. Envío a Jesús «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10). Mediante su sacrificio sustitutivo en la cruz, Jesús ha hecho posible que cada uno de nosotros sea perdonado y limpiado del

pecado, y nos convirtamos en miembros de la familia de Dios.

Nuestro Verdadero Valor

En Mateo 13:45-46, Jesús contó una parábola que describe hermosamente la maravilla de nuestra redención:

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.

Para mí, esto representa la redención de un alma humana. Jesús es el comerciante, no un turista ni un excursionista, sino un hombre que ha comerciado con perlas toda su vida. Él conoce el valor exacto de cada perla. La perla que compró es un alma humana, la tuya o la mía. Le costó a Jesús todo lo que tenía, todo lo que poseía.

En términos contemporáneos, así es como imagino la escena cuando el comerciante le dio la noticia a su esposa.

"Cariño, vendí nuestro coche".

¡Vendiste nuestro coche! Bueno, al menos aún tenemos un techo sobre nuestras cabezas.

"¡No, también vendí nuestra casa!"

"¿Qué te hizo hacer todo eso?"

"Es que encontré la perla más hermosa que haya visto. Toda mi vida he buscado una perla así. Costó todo lo que teníamos. ¡Espera hasta que la veas!"

¿Qué significa esto para usted y para mí? Cada uno de nosotros debería imaginarse como esa perla invaluable.

Nuestro Redentor

Recuerde, a Jesús le costó todo lo que tenía rescatarnos a usted y a mí. Aunque era Señor del universo entero, lo dejó todo y murió en absoluta pobreza. No poseía nada. Tanto la túnica como la tumba donde fue enterrado fueron prestadas.

Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos. (2 Corintios 8:9).

Tal vez usted mismo nunca se ha considerado importante. Quizás tenga una mala imagen de sí mismo. Quizás recuerde una vida de dolor y decepción, una infancia desfavorecida e infeliz, un matrimonio que terminó en divorcio, una carrera que nunca se materializó o años desperdiciados en drogas y alcohol. Su pasado y su futuro pueden estar transmitiendo el mismo mensaje: ¡fracaso!

¡No es así para Jesús! Él le amó tanto que lo dejó todo para redimirle. Para afirmar y aceptar esta verdad, quizás quiera repetir las siguientes palabras del apóstol Pablo: "el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí". (Gálatas 2:20). Y dígalos de nuevo: "Me amó y se entregó a sí mismo por mí". Aprópiase de estas palabras: Me amó y se entregó a sí mismo por mí".

Ahora es el momento de que usted se vea como esa perla sostenida en la mano de Jesús, marcada por los clavos. Escúchelo decir: "¡Eres tan preciosa! Tenerte me costó todo lo que tenía, y no me arrepiento de haberlo dado todo. ¡Ahora me perteneces para siempre!"

Usted no puede hacer nada para ganarse ese amor y esa aceptación. Nunca podrá cambiar lo suficiente ni ser lo suficientemente bueno. ¡Solo puede aceptar lo que Jesús ha hecho por usted y darle gracias!

¡Usted le pertenece a Él para siempre!

Carta de enseñanza

Transcripción: TL-L120-100-SPA

Última actualización: 22 Sept 2026

Sitio web: [Derekprince.com/es/resources](https://derekprince.com/es/resources)



""La verdadera fe bíblica procede del corazón y determina la forma en que vivimos. No es un simple concepto intelectual, entretenido por la mente; es una fuerza real y activa que trabaja en el corazón.""

Derek Prince



[Derekprince.com/es/resources](https://derekprince.com/es/resources)